

## ¿De quién es esta fantasía? El delirio en análisis feministas sobre la extrema derecha<sup>1</sup>

### Whose fantasy is this? The delusion in feminist analyses of the far right

Camila Arbuet Osuna

Universidad Nacional de Entre Ríos

---

*Cita sugerida: Arbuet Osuna, C. (2025) ¿De quién es esta fantasía? El delirio en análisis feministas sobre la extrema derecha; Hablemos de Historia, Año 3, N° 5, Universidad Autónoma de Entre Ríos: Paraná. 65-79.*

#### Resumen

En los últimos años, numerosos estudios sociales sobre las derechas –ya sean estas tenidas por nuevas, viejas, extremas, ultras, (neo)fascistas, autoritarias y/o antidemocráticas– han insistido en el trabajo que las mismas se han dado sobre la dimensión onírica y fantasmiosa de su desarrollo simbólico. Nuevamente, han sido variados los nombres que ha recibido esa conquista de un terreno que las izquierdas, los progresismos y los distintos activismos sociales no han sabido expresar, ya sea como parte de una promesa futura, de un terror inminente o de nostalgias pasadas. En nuestro país, esa producción de sentido ha recibido el mote ya viejo de “batalla cultural”, en otros lugares directamente se ha apelado a la idea de una guerra ideológica –por ejemplo, contra el wokismo–; en todos los casos la llamada “ideología de género” ha ocupado un lugar central en la gestión de ese imaginario reaccionario.

En este artículo analizo cómo algunos textos feministas del último tiempo –como *¿Quién le teme al género?* de Judith Butler– han abordado esa producción imaginaria de la cual se nutre la ultraderecha, tratándola como fantasía o como delirio. Desde allí señalo, por un lado, cuáles son los motivos, las consecuencias y los límites políticos de esas perspectivas. Y, por otra parte, qué intentos políticos de recuperación de esa fuerza innovadora existen en teorías queer y feministas menos abocadas a la defensa urgente del racionalismo.

**Palabras claves:** Fantasía - Feminismos - Ultraderecha - Delirio.

#### Abstract

In recent years, numerous social studies on the right –whether they are considered new, old, extreme, ultras, (neo)fascist, authoritarian and/or antidemocratic– have insisted on the work they have done on the dreamlike and fantastical dimension of their symbolic development. Once again, the conquest of a terrain that leftists,

<sup>1</sup> Una versión reducida de este escrito fue presentada en el XVI Congreso Nacional y IX Internacional sobre la Democracia, Rosario, en noviembre de 2024.

progressives and different social activisms have not known how to express, either as part of a future promise, of an imminent terror or of past nostalgias, has been called by various names. In our country, this production of meaning has received the now old nickname of “cultural battle”, in other places it has directly appealed to the idea of an ideological war –for example, against wokism–; in all cases the so-called “gender ideology” has occupied a central place in the management of this reactionary imaginary.

In this article I analyze how some feminist texts of recent times –such as Judith Butler’s *Who’s Afraid of Gender?*– have dealt with this imaginary production from which the ultra-right feeds, treating it as fantasy or delirium. From there I point out, on the one hand, what are the motives, consequences and political limits of these perspectives. And, on the other hand, what political attempts to recover this innovative force exist in queer and feminist theories less devoted to the urgent defense of rationalism.

**Keywords:** Fantasy - Feminisms - Far-right - Delusion.

## Judith Butler y el marco de una discusión política

En 2024 se publicó el libro de Judith Butler *¿Quién le teme al género?*, un texto de intervención política, en el que se mixturan capítulos de difusión destinados reponer con gran claridad arduos debates sobre las categorías de género, sexo y sexualidad al calor de recientes políticas sexuales reaccionarias, con análisis minuciosos de la organización internacional de las derechas –principal pero no exclusivamente de Occidente– en tono a la agenda contra la ideología de género. Respecto a esto último, Butler se detiene con especial minuciosidad en el trabajo fino del Vaticano, las iglesias protestantes y personajes públicos –como J. K. Rowling– con los distintos gobiernos, movimientos y ONG’s de derecha para promover políticas sexuales discriminatorias, violencias de distinto tipo y persecuciones abiertas a personas y colectivos LGBTTTIQ+. En este libro, la filósofa norteamericana intenta dar cuenta de la enorme potencia catalizadora que tuvo y tiene la ideología de género como aglutinador de las distintas derechas. Para ello, Butler repone cómo esa potencia aterradorante y amenazadora, que le imputa al género capacidades creacionistas y destructivas<sup>2</sup> inusitadas, es capaz de hilar afirmaciones disonantes e incluso contradictorias respecto a ese fantasma, llamado género, del que parecieran no necesitar ni desear más información que la que precisa para reafirmar sus miedos y ansiedades. Butler llama a esas proyecciones “fantasías” –un término que toma del psicoanalista Jean Laplanche–, para explicar que:

(...) la fantasía no es el mero producto de la imaginación (una realidad totalmente subjetiva), sino en su forma más fundamental debe entenderse como una disposición sintáctica de elementos de la vida psíquica. La fantasía no es solo una creación de la mente, un ensueño subliminal, sino una organización del deseo y de la ansiedad que deriva de ciertas reglas estructurales y organizativas, recurriendo a material tanto inconsciente como consciente. (Butler, 2024: 19)

Dichas fantasías permitirían, entre otras cosas, usar los efectos de temores que tienen un origen real –como el cambio climático o la posibilidad de perder el trabajo– pero que son minusvalorados o negados por las derechas y orientar su ansiedad hacia escenas sobre las que supuestamente sí se podría hacer algo: como por ejemplo evitar que a lxs niñxs se les inculque la ideología de género.

Esta explicación del recrudecimiento de los miedos por medio de la estrategia de desplazamiento, desde los escenarios que supuestamente no podemos controlar<sup>3</sup> a

2 Es decir, la ideología de género sería capaz de crear allí donde no había –hacer aparecer un género que no existía en la asignación identitaria de ese cuerpo– y de destruir dejando todo en nada –desintegrar tanto la anterior asignación sino también, de forma expansiva, infancias, familias, comunidades, etc.

3 Para un análisis sobre cómo se produce esta sensación de impotencia sobre ciertos panoramas críti-

los que supuestamente sí, ya había sido desarrollada por Arlie Russell Hochschild en *Extraños en su propia tierra* (2018). En ese libro, la socióloga intenta explicar por qué la comunidad de Luisiana, a la vera del contaminadísimo Mississippi –en el que las petroleras han provocado cientos de catástrofes ecológicas–, a pesar de estar muriéndose de cáncer, de hambre –es el estado más pobre de los Estados Unidos– y perdiendo por hora el territorio de una cancha de fútbol –producto de los movimientos de suelo del fracking–, sigue apostando por las petroleras, odiando las ayudas del gobierno y votando a Donald Trump. Para intentar una explicación que no vuelva sobre los lugares comunes del progresismo, Hochschild se va a convivir con estxs votantes y hace un extenso trabajo de campo. Finalmente, detecta en sus entrevistas y conversaciones cómo lxs habitantes de Luisiana no sienten que la contaminación sea algo que pueden solucionar, pero lo que sí sienten que pueden evitar es que las feministas tomen el control de la educación, o que los migrantes les roben sus malos trabajos, o que los pobres reciban en subsidios parte de lo recaudado en los impuestos. En ese trabajo pionero ella identifica como fuente propulsora de las derechas el miedo de que esxs otrxs –a los que el Estado injustamente ayuda, según los votantes del Tea Party– “se colen en la fila” y elabora un texto muy interesante en el que desarrolla este mito o esta historia –según quien lo mire– al que llama “la historia profunda”. Luego envía el texto a sus nuevxs amigxs republicanos y estos no sólo lo aprueban, sino que lo corrigen y aumentan, sumando otros actos de discriminación positiva o justicia social que son percibidos como abusos de un Estado que para ellxs nunca estuvo presente o cuando lo hizo fue para arruinar sus empleos, ser cómplice de la contaminación o recortar sus libertades personales. Usando este mismo ejemplo podríamos preguntarnos de qué fantasías está hecha nuestra fila, esa en la que “la casta” ingresa a sus amigos convenientemente retrasando más y más la llegada a algún lugar de quienes vienen/venimos más atrás. Es decir, de qué materiales están hechos nuestros resentimientos y cuáles son nuestros desplazamientos sobre aquello que hemos decidido que no podemos solucionar.

Volviendo a las preocupaciones butlerianas, la filósofa insiste en que esa fantasía anti-género, que funciona por condensación y desplazamiento, es “una forma pública de soñar, ya que el pasado que pretenden restaurar los partidarios de la lucha contra el género es una alucinación, un deseo, un delirio que restablecerá el orden basado en una autoridad patriarcal” (2024: 25). Y agrega, que esos “sueños húmedos del patriarcado” son “una forma pública de soñar un sueño colectivo”, para retomar la pregunta que atraviesa, a mi entender, el texto: ¿cómo se erradica una fantasía? Pese a que concuerdo con muchos de los puntos del análisis de Butler y principalmente comparto su genuina desesperación por un movimiento internacional de extrema

---

cos sobre los que creemos que no podemos hacer nada, se puede ver el artículo de Slaby, J. (2024), “Habits of affluence: unfeeling, enactivism and the ecological crisis of capitalism”, en *Mind & Society*, Vol. 24, 165-186.

derecha<sup>4</sup> en escalada, identifico tres problemas en este modo de hacer diagnóstico –que excede al intento de Butler– que considero deben ser revisados. Dilemas que, sostendré, hablan de nuestras fantasías intentando identificar las suyas y, por ende, reponiendo, especularmente, en ese nosotrxs/ellos muchos de nuestros miedos sobre este presente tan aterrador al que no le sabemos dar imágenes de futuro por fuera de la devastación.

En primer lugar, un elemento muy problemático del diagnóstico del libro de Butler es la unión en tándem –la sinonimia con la que se desplazan libremente– las nociones de fantasía, deseo, alucinación y delirio, cuando se quiere imaginar qué es lo que le pasa al otrx con ese terror a la ideología de género. Esto plantea un dilema político por dos motivos. Por un lado, porque está a un tris de la patologización, que nos despista mucho más que lo que nos ayuda a entender y que parece estar a la orden del día de análisis políticos contemporáneos sobre las “nuevas” derechas, el caso de Javier Milei en este punto es muy paradigmático. Por otro, ese tipo de diagnóstico es un problema porque regala a las arcas de la derecha una categoría tan cara al feminismo como es la de fantasía. Posiblemente sea muy difícil dilucidar cómo se erradica una fantasía, porque justamente su potencia está en su prepotencia, en su caudal de frustración y, por ende, es un tipo de dispositivo político que mantiene con esa presunta promesa idílica una relación más que confusa. Pero sí sabemos cómo la fantasía, como problema político, se ha retomado desde los feminismos históricamente como cantera y apertura, como desvío de la verdad de sí y como puerta para el encuentro con el placer y el peligro. Por ejemplo, la historiadora Joan Scott en *La fantasía de la historia feminista* explica como las fantasías alteran, aterrador pero también anhelantemente, la estabilidad de las correlaciones entre identidad, deseo y práctica sexual. De este modo, escribe Scott, se hace uso de

Una fantasía donde la lectura crítica reemplaza las operaciones de clasificación, donde la relación entre pasado y presente no se da por sentada, sino que se considera un problema a explorar, y en la cual el pensamiento de lxs historiadorxs, al igual que los temas que investigan, son objeto de indagación. Esto implica que la locura y la pasión (...) se encuentran en ambos lados del proceso analítico (2023: 89).

Lo que me lleva al segundo problema que identifico en la aproximación butleriana, uno que –nuevamente– es también un dilema político y epistémico de muchos

---

4 Se ha producido mucho sobre cómo llamar a estas derechas contemporáneas, este artículo no toma partido por ninguna de las acepciones y las usa intercambiamente, no porque crea que el nombre no es importante sino porque aquí me interesa más pensar qué nos pasa a nosotrxs mirando algunos aspectos de este fenómeno creciente. Para un paneo de las discusiones más importantes que se han dado en la última década sobre cómo conceptualizarlas se puede recurrir al texto de Steven Forti, *Extrema derecha 2.0: qué es y cómo combatirla* (2021).

feminismos contemporáneos: su modo de lidiar con la pregunta por el qué hacer. Butler dice explícitamente, con mucho sentido –y con la fuerza que le da la desesperación, a la que no debíamos minimizar como sentimiento político–,<sup>5</sup> que las filas de los antigénero no leen nuestros libros, ni escuchan nuestros argumentos, ni están dispuestos a cambiar su posición a través de los intercambios que se pueden dar en un debate público. Pero, sin embargo, hay que seguir escribiendo, argumentando e intentando que entren en razón, que no se pueda decir cualquier cosa, que la discusión recupere ciertos marcos de cordura y humanidad que ciertamente parece haber perdido. El libro entero es un encomiable intento pedagógico que se toma muy en serio una a una de las afirmaciones de lxs vocerxs de la derecha antigénero, por más banales, superficiales o violentos que estos sean. Con maestría y paciencia Butler los desarma, a fuerza de argumentación, referencia a estudios científicos y a la historia. Entiendo la estrategia de Butler no sólo política y éticamente sino también humanamente, como una forma de sobrevivir en un contexto donde tanto ella como su pareja han sido personalmente atacadas en reiteradas ocasiones por fundamentalistas de todo tipo... y a su vez identifico en este gesto obstinado el problema que Ann Cvetkovich describía cuando teorizaba sobre la depresión como afecto político: “decir que el problema es el capitalismo (o el colonialismo o el racismo) no me ayuda a levantarme a la mañana” (2024: 38). Dicho esto, hay en la insistencia de argumentar a pesar de percibir a esxs otrxs como una pared al menos dos dilemas. Por un lado, como explicita Cvetkovich, se amplifica la angustia de una acción que muchas veces emula prácticas de la “conversión”, que solo encuentra resistencia y que, por ende, desgasta a una persona que ya está cansada. Y, por otro, posiblemente de modo bastante más dramático para nuestra práctica política, recrudece y cristaliza la confianza ciega en el racionalismo como la única reacción a la lógica de la pos-verdad, las fake news y las teorías paranoicas de la ultraderecha. Este posicionamiento olvida cómo el cinismo político hiperrealista, que administra lo posible con manías de banquero, nos trajo en buena medida a esta encerrona donde hemos llegado a tomar por bueno el slogan de Margaret Thatcher “no hay alternativa” (Fisher, 2016). En otras palabras, pese a que parece que estamos todo el tiempo corriendo detrás de conceptos, palabras y estrategias de habitar lo público que ellos nos roban (y efectivamente lo estamos), considero que es parte de la derrota el abandono de la potencia de nuestros delirios, fantasías y alucinaciones. Mucho más si esto se hace en función de defender nuestro lugar –nuestra presunta superioridad intelectual– en la tabla de la racionalidad habermasiana cuando se hunde el Titanic.

Como tercer problema que identifico en una postura que en este caso asume Butler pero que, nuevamente, es propio del modo en que componemos diagnósticos y programas desde los feminismos, está el imperativo de la imaginación. ¿Quién le

<sup>5</sup> En esta dirección se pueden leer varios de los libros escritos en este último tiempo por el filósofo italiano Bifo Berardi, tales como *Futurabilidad. Fenomenología del fin* (2019) o *Desertemos* (2024).

teme al género? Termina con la necesidad, la urgencia, de imaginar; un llamamiento muy reiterado en estos tiempos. Lo que nos arroja como dilemática la siguiente pregunta ¿cómo se crea una fantasía? Hay algo inquietante en ese imperativo de la invención, que invisibiliza el millón de estrategias que cotidianamente componemos para no desmoronarnos, y que olvida que la derecha no inventó exactamente nada al armar esta poderosa fantasía, sino que puso en contacto los miedos más atávicos de personas y comunidades locales y nacionales muy diversas, miedos que estaban allí hace décadas y que no han dejado de recrudecer en la precariedad, y los mixturó con futuros distópicos y teorías conspirativas que no tienen nada que envidiarle a la ciencia ficción. Me parece más fértil contraponerle a esa pregunta productivista las siguientes incomodidades: ¿por qué nuestros miedos no organizan colectivamente el deseo? ¿realmente tenemos miedo a lo que puede hacer el miedo con nosotrxs – como si ya no lo estuviera haciendo–? ¿o es que creemos, aún entre estas escenas de brutalidad social y gubernamental cotidiana, que podemos tener algo bajo control?

En el libro anterior a este, *La fuerza de la no violencia* (2020), Butler ya rastreaba las distintas acepciones de la categoría de fantasía en textos de Freud, Lacan, Laplanche y Melanie Klein. En esa oportunidad volvía sobre la definición de esta última porque había hincapié en el arraigo de la fantasía en el inconsciente, elemento que le resultaba útil a Butler para analizar al estado de naturaleza hobbesiano como una fantasía primaria, con ansias de fundacional, que arma un no-origen donde el individuo siempre ya es adulto, masculino, autosuficiente, consciente y –por sobre todo, dado que sobrevivió sin aparente ayuda de nadie– no dependiente. Esa fantasía, que olvida la interdependencia, según Butler, permite legitimar la auto-defensa violenta de una persona siempre en peligro. Otra vez allí la fantasía es el motor de un miedo, algo que las feministas debemos pedagógicamente desmontar, algo muy lejano a esas fantasías queers con las que la Butler de los noventa se entusiasmaba en las revueltas y los textos. La diferencia entre la fantasía hobbesiana evocada en *La fuerza de la no violencia* y la fantasía anti-género de *¿Quién le teme al género?* es que la primera también nos atraería –a las feministas y/o activistas– a su centro de gravitación, por eso se dedica a discutir con el llamado de Elsa Dorling (2018) a la autodefensa. El debate entre Butler y Dorling sobre los usos de la violencia es muy interesante pero sólo me quedaré con esta insistencia –que excede a Butler– en este gesto de paciencia activa, de apuesta a contener el acto, controlar la ansiedad, que es la contracara perfecta del discurso de las derechas en torno al retorno de lo reprimido y a la totalitaria promesa de las emociones genuinas desbloqueadas. Por lo que, repito la pregunta que sirve de título a este artículo ¿de quién es esta fantasía que estamos viviendo? Y agrego algunas inquietudes que hace de este problema teórico un problema político urgente: ¿por qué si estamos mucho más cerca del pueblo lockea-

no que de la multitud hobbesiana<sup>6</sup> seguimos reforzando la cautela? ¿qué diferencia nuestra creencia en la espera paciente de la fe de los sureños de Mississippi en la mejor vida en el reino de los cielos porque han decidido convivir con la contaminación y sus causas? ¿qué tenemos nosotrxs para decir sobre cuándo se termina este experimento? ¿Qué fantasías acompañan nuestros buenos argumentos cuando golpean a jubilados, ingresan policías a las aulas, llevan trabajadoras sexuales arrastradas de los pelos y los despidos se multiplican de a millares? Nuestras miradas sobre la crisis necesitan empezar a sospechar de los inicios con “eso que ellos hacen, sienten y desplazan”<sup>7</sup> y pensar en cuánto nos involucran esos miedos y terrores ¿adónde estamos enviando o con qué estamos conectando nuestro miedo a perder el trabajo, a que el salario no alcance, a no jubilarnos más, a comer veneno, a que nos fumiguen, a vivir bajo el humo de incendios provocados por inmobiliarias, a que las generaciones que vienen cada vez vivan peor?

### **Ese delirio que no es el nuestro**

Esto no puede estar pasando. Esto está pasando: este patrón de pensamiento normalmente reservado a las pesadillas y las catástrofes se ha convertido en la rutina constante de millones de personas.

Gessen, M. (2022). *Sobrevivir a la autocracia*.

Junto con la problematización de la fantasía, como un extremo o borde, se encuentran los usos cada vez más frecuentes de la palabra delirio. Un concepto que ha vuelto a formar parte del lenguaje político cotidiano, ya sea para referirse a la salud mental de nuestro presidente y de otros líderes de la internacional ultraderechista, ya sea para caracterizar el momento político actual y su producción de asombro y sinsentido.

La palabra delirio, connota etimológicamente el acto de salirse del surco (de-lira) del arado e irrigar estérilmente mediante el exceso zonas que no han sido preparadas para el cultivo. Esta exploración desviada de otros caminos no trazados le da una enorme potencia al concepto que pobremente se interpretaría sólo como un modo

6 Cuando Locke ingresa en su Segundo tratado sobre el gobierno civil la posibilidad de la desobediencia se ve en la necesidad de argumentar porqué darle semejante prerrogativa al pueblo no sería un acto suicida por parte de la clase gobernante. Entonces explica que para que el pueblo se subleve los actos de tiranía deben ser muy atroces, porque en general el pueblo aguanta; de modo que si el fin del pacto llega será porque el gobierno se pone en pie de guerra contra el pueblo y no a la inversa. Esta idea de mansedumbre popular contrasta, por supuesto, con la bélica multitud hobbesiana.

7 Una premisa semejante tiene el libro sobre el último ascenso de las derechas en Argentina de Pablo Semán y Sergio Morresi, *Está entre nosotros ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* (2023). Esta comprensión que atraviesa los capítulos se pelea con el título que parece distinguir entre un mal externo que llegó a contaminar un nosotros claro.

de perder la senda, como bien saben los megalómanos líderes de la ultraderecha que no vacilan en compararse con conquistadores, soñadores, genios, exploradores y otros célebres delirantes. Ellos no dudan en hacer máxima el consejo que en reiteradas ocasiones leemos en la teoría política moderna: lo que separa al delirio de la genialidad es el éxito o el fracaso de la empresa. A su vez, ese delirio se impone con una fuerza brutal a los diagnósticos históricos del progresismo que se ha abocado en estas últimas décadas a escribir sobre el agotamiento de la imaginación, las energías utópicas y la futuridad. Dado que es un delirio que, en su irresponsabilidad, premura y arbitrariedad, inventa, miente, pergeña, destruye y apresura escenas inimaginables como parte sistémica de su quehacer escandaloso.

Por estos motivos, distanciar el delirio –y la perversión– de las interpretaciones patologizantes y del desierto de la *real politik* –que todo el /tiempo pegotea lo real con lo posible obturando las posibilidades de transformación– es una tarea urgente a la que muchxs teóricxs se han abocado en el último tiempo. Para ello, puede resultar útil retomar el icónico libro *Lógica del Delirio* de Remo Bodei, publicado por primera vez en 2002, en el que ensaya aproximaciones al delirio que no lo sometan al corsé de la razón y su voracidad organizadora. El filósofo italiano escribe en la introducción de la traducción al inglés de esa obra: “El delirio ha sido tradicionalmente presentado como el sinónimo de la irracionalidad (el absurdo, el error, la falta de fundamento, el caos) mientras su imagen espejada, la razón, ha sido definida en términos de evidencia, demostrabilidad, verdad y orden. A través del tiempo los dos conceptos han sido complementarios” (Bodei, 2006: 9). Bajo esta certeza, Bodei intenta engendrar una racionalidad hospitalaria<sup>8</sup> que cambie los acentos de la pregunta por los delirios y en función de esto escribe “la pregunta que he planteado tácitamente (...) no es tanto por qué se produce el delirio, sino por qué en la mayoría de los casos seguimos razonando normalmente” (2006: 12). Es decir, invierte la sospecha y la arroja al notable poder de reorganización de la normalidad. Una senda que varixs analistas de las ultraderechas contemporáneas están transitando a través de la pregunta incómoda por cómo es que nos acostumbramos a esta crueldad cotidiana. Esa que en nuestro país ha establecido –entre otras escenificaciones– el ritual macabro de palos y gases a jubilados cada domingo en las puertas del congreso nacional y que es afirmada por el presidente cuando clama “sí, soy cruel, soy cruel kukas inmundos, soy cruel con ustedes, con los gastadores, con los empleados públicos,<sup>9</sup> con los estadistas, con los que les rompen el culo a los argentinos de bien”.<sup>10</sup> Lx periodista y ensayista Masha Ges-

8 En este último par de años hemos visto resurgir esta palabra de las entrañas del humanismo y cobrar, apresuradamente, un rol protagónico en el intento desesperado por salvar las prácticas democráticas de escucha y disenso. Considero que es una tarea encomiable y que, justamente por ello, será necesario hurgar en sus arrastres liberales –en sus vínculos con la tolerancia– y en sus posibilidades epistémicas para amparar sin ahogar la fuerza del litigio, la sospecha y el desacuerdo.

9 De los que él no se percibe parte.

10 Discurso de Javier Milei, el 26 de junio de 2025, frente a empresarios en Puerto Madero.

sen (2020) ha analizado, mediante un estudio de la primera presidencia de Trump, el papel de los medios de comunicación<sup>11</sup> y las técnicas de gobierno autocráticas en ese proceso de producción de normalidad, que ha logrado someter a la mayoría de las oposiciones y arrebatárles el componente de indignación y asombro a medidas desproporcionadas, radicales y violentas.

Si una de las posibilidades del análisis del delirio devuelve la pregunta hacia la organización desafiante de la normalidad en contextos insólitos, otra, en cambio, la amplifica en las características subjetivas de los personajes que reclaman para sí el monopolio del delirio –esos genios, mesías y conquistadores–. Poco más de una veintena de años antes del libro de Bodei, el ensayista alemán Hans Magnus Enzensberger había esbozado un polémico escrito al que tituló *Mediocridad y Delirio*, en un estado de conmoción por la escalada de violencia, crueldad y corrupción de su sociedad. En ese texto, la dupla de opuestos no es delirio/razón sino medianía/genio. Con algo de conservadora melancolía y bastante desesperación diagnosticaba un tiempo sin genios delirantes, que sin embargo ungía en la mediocridad formas del delirio que sin poder ser geniales se apoderan de la fuerza de sus antiguos adversarios, una fuerza que dirigían hacia escenas de frustración y revancha.

Tres dificultades han llevado a la desaparición del genio. El maratón masivo de los outsiders ya no ofrece la soledad que antaño les era propia a estos<sup>12</sup>. En segundo lugar, el papel protagonista de aquellos a quienes «no se les podía ayudar en la tierra» implicaba que sus méritos no fueran reconocidos por nadie, una condición cada vez más difícil de cumplir. Por último, el delirio –que por lo menos a los ojos del siglo XIX formaba parte inseparable del genio– ha quedado consumido por la rutina. Solo quedan sus restos históricos, la rutina y la neurosis por la “imagen”. El delirio genial ha dejado de sufrir y hoy ya solo representa y escenifica para los medios de comunicación a modo de delirio de los marginados. De este modo se consiguen monstruos por encargo, salvajes domesticados, nibelungos de cartón piedra, todo ello de segunda y tercera mano. La medianía se venga de su contrincante. Ha empadronado a la oposición cultural y devorado a los marginados (Enzensberger, 1991: 208).

---

11 “Los medios estaban haciendo su trabajo: aportar contexto, organizar la información relevante, crear una narrativa, y todo ello tenía un efecto normalizador, simplemente porque ayudaba a asimilar lo inasimilable (...)” (Gessen, 2020: 132).

12 Una afirmación muy parecida a esta hace Pablo Semán sobre el supuesto carácter de outsider de Milei, cuando dice que nosotrxs –sea lo sea lo que este colectivo quiera referir– somos los outsiders en una sociedad a la que Milei interpretó mejor.

Más allá de lo que podamos pensar sobre lo problemático de la categoría de genio –que ha sido revisada críticamente por el feminismo hace décadas–,<sup>13</sup> Enzensberger captaba algo importante en el pensamiento político sobre el delirio: su vínculo dilemático con la noción de medianía o promedio<sup>14</sup> y la sobredimensión que en su percepción sociológica contemporánea adquiere la mostración del éxito. Es decir, para el ensayista, el delirio de la política de fines de los ochenta ya se trataba de un delirio preocupado por su lugar en la distribución de lo sensible, rutinizado, mediatizado, adaptado a las necesidades de las imágenes y su circulación. Es no lo hacía menos delirante, es decir, no recorta su fuerza –especialmente la destructiva–, pero sí la jibariza bajo una específica preocupación instrumental.

El uso exultante del delirio por líderes megalómanos no es una novedad del siglo XXI, pero es una situación que se ha transformado notablemente tanto por las técnicas de construcción de una imagen pública como por las condiciones sociales de existencia en esta etapa tan específica de crisis del capitalismo neoliberal. De hecho, para analistas como Giuliano da Empoli (2024) la producción del caos como estrategia de gobierno de las ultraderechas tiene una vida aparte incluso de estos líderes y sus delirios, y se organiza mediante operadores de algoritmos que construyen nuevas formas de sometimiento y expropiación en la era del “tecnopopulismo posideológico”. Probablemente no haya que elegir entre monjes negros y mesías. Ya sean los líderes en cuestión –los Trump, Orbán, Netanyahu y Milei de Occidente– o sus “ingenieros”,<sup>15</sup> el delirio se expande tecnificado y automatizado como un dispositivo de gobierno puesto para asegurar los intereses de un número cada vez más reducido e inestable<sup>16</sup> de poderosos. A lo que se suma, un extenuante trabajo mediático abocado a transformar a pequeños tiranuelos en grandes estrategias. Masha Gessen comenta como tanto en el caso de Trump como en de Putin esta operación ha llevado mucho tiempo y trabajo:

Nos imaginamos a los villanos de la historia como genios de mal (...) no obstante, si leemos textos de esa época, veremos que los contemporáneos de Hitler y Stalin los consideraban personas de escasa inteligencia, educación e imaginación y, de hecho, incompetentes como

13 Podríamos recordar, por ejemplo, el libro pionero de Griselda Pollock, *Old Mistresses* (1981).

14 Un análisis muy interesante sobre los inicios decimonónicos de la categoría de normalidad, mediante los estudios de Adolphe Quetelet sobre el hombre y la mujer “promedios” y las reescrituras de dichos estudios por Francis Galton –inventor de la eugenesia– en su obsesión por la genialidad, se encuentra en el recientemente traducido libro de Chapman, R. (2025). *El imperio de la normalidad. Neurodiversidad y capitalismo*. Buenos Aires: Caja Negra.

15 Con todo el inmenso espacio que puede separar un Steve Bannon de un Santiago Caputo.

16 Parte central de la peligrosidad interna de ese delirio es su arbitraria y radical inestabilidad a la hora de establecer amigos y enemigos –como se puede ver en tiempo real en la actual riña entre Elon Musk y Donald Trump o en las políticas económicas internacionales de cualquiera de estos líderes–. Esto, por supuesto, sin desmedro de los beneficios sostenidos a los sectores más ricos de la población.

personas de liderazgo gubernamental y militar (...). A medida que empezaba a calar plenamente el absurdo de Trump, acabando con cualquier esperanza que lo volviese un presidente digno, Putin iba convirtiéndose, en la imaginación estadounidense, en un brillante estratega (...). Lo cierto es que Putin era y sigue siendo un hombre de poca educación, mal informado, poco curioso, cuya ambición es mucho mayor que su comprensión del mundo (2020: 41-42).

Hay en esa necesidad narrativa al menos dos grandes intereses. Por una parte, tornar “presidencial”, “serio”, “normales”, figuras políticas que todo el tiempo vulnuran los bordes de la etiqueta, el protocolo diplomático y, de forma más dramática, la racionalidad misma de la política y el gobierno.<sup>17</sup> Por otro lado, si esas personas que han conquistado el poder en elecciones democráticas, sin que la mayor parte de lxs reputadxs analistas pudieran pronosticarlo, son personas mediocres, resentidas<sup>18</sup> o de poca imaginación ¿en qué nos deja eso a nosotrxs? El rótulo de “genio incomprendido”, al igual que el diagnóstico de la derechización de la sociedad, tranquiliza y vuelve autoevidente algo que de ningún modo lo es. En un gesto de negación y pereza política pasamos de anunciar a los cuatro vientos la sorpresa y excepcionalidad a, acto seguido, ingresar en un loop cínico donde toda calamidad posterior es esperable y obvia. Este pasaje, que en nuestro país se dio de manera acelerada en la primera mitad del 2024, dificulta mucho reflexionar tanto sobre la consolidación de estos personajes como sobre las transformaciones sociales de las que somos parte. Tendremos que poder tomarlos en serio, porque ellos van en serio, sin caer en el peligroso atajo de afirmar que son grandes estrategas, pero también sin desprestigiar un rutilante hecho: ellos han sabido sintonizar con un malestar que sí existe, al que han acertado a darle nombre y han prometido vengar. Los alegatos en torno a su genialidad y/o su locura dicen más sobre nuestras estrategias interpretativas desesperadas y de nuestras retroutopías normalistas que de sus características esenciales.

En Argentina los debates contemporáneos sobre la politicidad del delirio han tenido en los últimos dos años como referentes a un conjunto de ensayistas –de una izquierda peleada con la tradición progresista– que, ante el crecimiento de publicaciones que hablan peyorativamente del delirio de Milei y sus seguidores, han ahondado en la potencia de ese material onírico, fantasioso, rebosante de promesas e imágenes “descabelladas”. Uno de ellos, Emiliano Exposto, escribe al respecto:

17 Sobre este deseo de normalizar las figuras presidenciales, como contracara de su patologización, ha escrito Renata Prati, su texto “Fingir demencia: el malestar político entre el exceso y el desafecto”, actualmente en prensa.

18 Muchísimos estudios, libros y papers se han escrito en la última década señalando al resentimiento como el afecto explicativo del voto a la derecha, tanto de la clase media como de lxs pobres. Sin embargo, varios de estos estudios disienten entre sí sobre su caracterización, sus causas, sus fines y su productividad política. Entre lxs autorxs más destacados de esta línea de investigación están Wendy Brown, Eva Illouz, Mark Fisher y François Dubet.

La potencia ambigua del delirio nos señala un desafío. Hubo un tiempo en que las izquierdas hegemonizamos las fantasías alternativas, proponiendo imágenes de futuros que parecían delirantes, mientras los conservadores defendían el statu quo o el retorno al pasado. Hay un componente delirante en la política radical. Una nueva forma de soñar (2023: 67).

Para Exposto el fascismo tiene su propia política del delirio que es supremacista, clasista, sexista y que se ve amenazada por los movimientos sociales y por otras formas de pensar la existencia en un mundo cada vez más hostilizado. La respuesta reactiva y delirante es por tanto la de un reaseguro de la propiedad y las estructuras jerárquicas encargadas de mantener el orden. Frente a esto, Exposto se lamenta de cómo las izquierdas se burlan cínicamente de esa potencia delirante y no la toman suficientemente en serio. Para él fue el delirio y la fantasía los que hicieron posible imaginar y hacer la revolución en otros momentos de la historia. Más allá de la discusión sobre el vínculo entre delirio y autoconciencia en la revolución, el programa que propone Exposto para activar políticamente es disputar el delirio. Siguiendo el consejo del escritor Juan Mattio, plantea a la ciencia ficción —y especialmente al marxismo gótico dentro de ella— como una cantera de imaginación delirante de otros mundos que no estén necesariamente signados por la pura distopía.

Los feminismos, en estos planteos, aparecen como una fuerza positivamente responsable del *backlash* y, por ello, como uno de los principales receptores del ataque fascista. Sin embargo, esta no es la única lectura posible de la compleja relación entre el fortalecimiento de las derechas y los feminismos. Una parte del progresismo argentino se ha encargado de sostener que las “concesiones dadas por los gobiernos” a los movimientos feministas han sido excesivas y en parte responsables de esta pérdida de rumbo político<sup>19</sup>. Incluso sin abalar esta postura algunas referentes políticas del feminismo nacional han llamado, en especial en el estremecedor 2024, a establecer jerarquías en la defensa de las conquistas políticas pasadas, priorizando el énfasis en la desigualdad social antes que la preocupación por defender el lenguaje inclusivo o la ESI.<sup>20</sup> En este difícil escenario, en el que la racionalidad y la defensa de los derechos liberales se han transformado en las piedras de toque de la defensiva política, la reivindicación del delirio feminista se ha hecho cada vez más difícil. Para colmo de males, las políticas transfóbicas del feminismo español y británico TERF han utilizado en reiteradas ocasiones el modo de “feminismo delirante” para aludir a los intentos de distintos colectivos de proteger la ley de identidad de género y promover campañas contra las renovadas terapias de conversión.

19 Esto lo analizamos con Laura Gutiérrez en el artículo “Una política feminista del escándalo” (2024).

20 Esto fue abordado por el N°8 de la revista *Polémicas Feministas*, de la Universidad Nacional de Córdoba, en 2024.

Lamentablemente la fuerza del delirio, el juego, la fantasía y la ensoñación en los feminismos ha sido paulatinamente reprimida en pos de la urgencia programática y en razón del imperativo de la imaginación política que analizábamos en la primera parte de este artículo. En el mejor de los casos el delirio ha quedado habitando los prolíferos mundos de la ciencia ficción feminista que sí han seguido creciendo nacional e internacionalmente, y sin los cuales no tendríamos las teorías de buena parte de nuestras bibliotecas feministas –empezando por Donna Haraway que ha tenido siempre la osadía de mezclar los géneros–.

A su vez, quizás la pregunta no sea cómo volver a delirar o cómo poner en el delirio la confianza emancipatoria que no podemos colocar en otros espacios colectivos. Sino, principalmente, cómo detener la minusvaloración de las estrategias delirantes de nuestros adversarios políticos y cómo sospechar de explicaciones que pongan sistemáticamente la acusación de delirio en la cancha contraria, en los otros, en eso que no nos representa y que supuestamente está compuesto de un material simbólico y afectivo del que de ningún modo somos parte. Esa ficción normalizante es delirante en el sentido original de la palabra, en tanto es excesiva –respecto a nuestros pactos con la razón– y estéril –en tanto nos impide pensarnos en un proceso social y político del que no somos merxs espectadorxs–. En cambio, la tarea política puede encontrarse en habilitar posiciones narrativas que hieran la cancelación, interna y externa, que nos hace temer más al ridículo que a la extinción y a la confianza ciega progresista que, pese a tanto escrito, sigue dudando de la existencia de los monstruos de la razón. Quizás en lugar de preocuparnos por que los feminismos sigan siendo algo “serio” se trate, como escribe Heather Love, de reivindicar nuestra desesperación como un motor posible de la acción, como un nexo entre la derrota y la utopía<sup>21</sup>. Tal vez sea preciso reconocer que difícilmente podremos mantener a raya los pasajes entre sueños, delirios y pesadillas, y que muy probablemente los frutos que cosechemos no sean ni tan buenos ni tan jugosos ni tan inocentes como solemos imaginar. Sin embargo, el futuro vendrá, aunque no estemos nosotrxs para pensarlo, aunque no tengamos las imágenes que tan angustiosamente buscamos de él.

---

21 Love habla de una esperanza sin razón, sin expectativa de éxito, sin certeza, a tono con la deflación contemporánea de nuestro optimismo, pero con también a tono con la necesidad viral, con “el anhelo de una transformación de la sociedad que no puede, y sin embargo debe, tener lugar” (Love, 2025: 234).

## Bibliografía

- Berardi, F. (2019). *Futurabilidad. La era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Berardi, F. (2024). *Desertemos*. Buenos Aires: Prometeo Editorial.
- Bodei, R. (2006). *Logics of Delution*. Aurora: The Davies Group.
- Butler, J. (2020). *La fuerza de la no violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2024). *¿Quién le teme al género?*. Buenos Aires: Paidós.
- Cvetkovich, A. (2024). *Depresión. Un sentimiento público*. Buenos Aires: Coloquio de Perros.
- Da Empoli, G. (2024). *Los ingenieros del caos*. Oberon: Madrid.
- Doling, E. (2018). *Defenderse. Una filosofía de la violencia*. Buenos Aires: Hekht.
- Enzensberger, H. M. (1991). *Mediocridad y Delirio*. Anagrama: Barcelona.
- Exposto, Emiliano (2023). *Las máquinas psíquicas ¿Qué hacer con la crisis de la salud mental?*. Nido de Vacas: Buenos Aires.
- Fisher, M. (2016). *Realismo capitalista ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra.
- Forti, S. (2021). *Extrema derecha 2.0: qué es y cómo combatirla*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Gessen, M. (2020). *Sobrevivir a la autocracia*. Madrid: Turner.
- Gutiérrez, L. y Arbuet Osuna, C. (2024), "Una política feminista del escándalo", en *AAIH-MEG, boletín 1, año 8*, 10-15.
- Love, H. (2025). *Sentirse para atrás. Pérdida y políticas queer de la historia*. Omnívora: Buenos Aires.
- Russell Hochschild, A. (2018). *Extraños en su propia tierra: réquiem por la derecha estadounidense*. Madrid: Capitán Swing.
- Scott, J. (2023). *La fantasía en la historia feminista*. Buenos Aires: Omnívora.
- Semán, P. y Morresi, S. (2023). *Está entre nosotros ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Slaby, J. (2024), "Habits of affluence: unfeeling, enactivism and the ecological crisis of capitalism", en *Mind & Society*, Vol. 24, 165-186.